

en ninguna puede señalarse la ociosidad del pensamiento o la trivialidad de la palabra.

Entre libros reúne las reseñas bibliográficas compuestas por Reyes entre 1912 y 1923. Dentro de la uniformidad de criterio (siempre lúcido, bien informado y sutil), Reyes recorre todas las proporciones del género, desde la mera información servicial hasta el análisis exhaustivo y enriquecedor, sin omitir, por cierto, la pequeña nota incisiva y destructora de tanta vaciedad o incompetencia. Este volumen completa la obra ya recogida por su autor en las dos series de *Capítulos de literatura española* (1939), y debe ubicarse junto al recuerdo vivo, artísticamente trabajado, de *Las vísperas de España* (1937) o a las páginas informativas que bajo el título de *Reverso de un libro* publicara en *Pasado inmediato y otros ensayos* (1941). Queda así documentada casi toda la labor de Reyes en la península, labor fecunda para nuestra cultura hispanoamericana, y ejemplar también de lo que debe ser la colaboración científica entre españoles y americanos.

Emir RODRÍGUEZ MONEGAL.

Marcha.

Marzo 30 de 1948.

GRATA COMPAÑÍA

"Tezontle". México.

Alfonso Reyes

I

Coincidiendo con la muy grata visita de la Misión Cultural de México —cuando se publiquen estas líneas habrá dado ya don Antonio Castro Leal, el agudísimo ensayista, el excelente investigador, la última conferencia de una serie memorable en la que han participado ilustres escritores de la vecina República— me llega el último libro de Alfonso Reyes, el mexicano universal. El título sencillo parece un símbolo de la vida del gran escritor. *Grata compañía*, han sido para Alfonso Reyes las figuras evocadas en su último libro. Y el lector ha de sentirlas también, al través de las páginas alfonsinas, como familiares y gratísimas.

Divide Reyes su último libro en dos partes. La primera comienza con un ensayo sobre *Las nuevas noches árabes de Stevenson*: son páginas breves y sutiles escritas en 1912; termina con el *Prólogo a Burckhardt*, cuyas *Reflexiones sobre la Historia Universal* publica el Fondo de Cultura Económica de México, en 1943. En esa misma sección encontramos cuatro estudios sobre Chesterton, unos comentarios a Marcel Proust, otros sobre la estética y los sueños de Descartes y unos ensayos sobre *Goethe y América* y Rousseau (*Juan Jacobo sale al campo*). En la segunda sección los artículos son más breves. Se inicia con el dedicado al libro de memorias de Boni de Castellane, el noble francés un poco aventurero; finaliza con los Elogios de Antonio Caso y Pedro Henríquez Ureña. En esta segunda parte hay unas notas sobre Unamuno con unos dibujos que el gran español regaló a Reyes. Esta reproducción de unos dibujos desconocidos

de Don Miguel de Unamuno es de los muchos motivos interesantes, inestimables para un bibliófilo, de *Grata compañía*.

El saber caudaloso de Alfonso Reyes no tiene fronteras ni límites en el tiempo. Pero más que el tesoro de noticias recónditas y bien ordenadas, nos atrae en el autor su arte, su estilo, su infatigable actividad creadora. ¡Qué sorpresas renovadas la de su delicioso ensayo sobre Goethe y América! Data de 1932. Se publica en *Monterrey*, en Río de Janeiro. *Monterrey*, es el periódico intermitente de Reyes. Emblema de la publicación es un dibujo que no sé si llamar alegórico que alude a la ciudad nativa del autor: al fondo está el pequeño cerro. (El dibujo se reproduce en la portada del libro que comentamos).

Este libro de lectura deleitosa es de la más delicada intimidad. *La última morada de Proust* es un artículo de no más de cuatro páginas: pocos nos acercarán de manera tan viva, tan humana al escritor francés. “He ido a vivir unos días más allá del Hotel Majestic en el 44 de la rue Hamelin”. “Aquí pasó Marcel Proust los últimos años de su vida. Aquí murió. Aquí escribió las últimas páginas de ese gran documento contra la sociedad de su época, donde desfilan tantos hombres y tantas mujeres sin corazón, donde tantas veces se confunde la sensibilidad con la nerviosidad, donde las enfermedades hacen veces de emociones...”.

¿Cómo trabajaba el novelista? “En un quinto piso, en un cuarto interior forrado de corcho... El ruido sobresaltaba a Proust, como a Lamartine, como a Flaubert, como a Juan Ramón”. (En 1936 el poeta de Moguer —el *andaluz universal*— vino por primera vez a La Habana. Recordaba su piso en la calle de Lista, en el barrio de Salamanca, en Madrid. Era el último, y recibía esa denominación un poco eufemística de ático, tan gustada en las nuevas casas de Madrid. Allí vivía Juan Ramón, lejos, lo más lejos posible de los ruidos de Madrid. En la azotea, Zenobia Camprubi, la esposa de Juan Ramón, traductora ejemplar de Tagore, colaboradora finísima

de algunas de las empresas del poeta, había creado una especie de jardín de aclimatación de plantas. Casi daba la ilusión de un rincón de Andalucía con algo de presentimiento de mi isla distante. Al cabo de unos años iba a volver a ver al creador de *Platero*. Estaba en La Habana en uno de esos hoteles próximos al Parque Central. Naturalmente al día siguiente se refugió en el Vedado, que entonces tenía algunas calles silenciosas.

Alfonso Reyes vivió en esa casa de la Rue Hamelin en donde pasó Proust sus últimos días. El conserje le cuenta las costumbres del escritor. Hay detalles como éste: el vecino del sexto piso tenía encargo de no hacer ruido. “Proust había regalado a toda la familia de arriba... unas zapatillas de lana gorda que apagan el ruido de los pasos...”

La callecita es estrecha: “de balcón a balcón vuelan las palomas”. Parece un interior la pequeña calle. Sólo los pregones de los vendedores ambulantes nos denuncian que estamos en una calle, no en el interior de una casa. Proust era muy popular —le cuenta el conserje a Reyes— por su caridad en el sexto piso, el piso de los humildes”. Siente emoción el conserje ante este hombre “que viene del otro lado del mundo a pedirle recuerdos de Marcel Proust”. Lentamente se ha ido acercando a una vieja arca de madera. Le dice entonces a Reyes, mientras acaricia el mueble vetusto:

“El me la dió. La guardo como una reliquia. Era un hombre santo. No se le sentía vivir y ahora se siente tanto su ausencia”.

Comenta Alfonso Reyes:

“Y yo pienso que a la sombra de Marcel Proust debe de importarle mucho la opinión del conserje, porque Proust hizo mucho caso de lo que hablaban los criados, los lacayos, los mozos de ascensor y la gente así”.

¿No es verdad que por un camino inesperado, el de la callecita

en que fue a vivir unos días Alfonso Reyes, hemos llegado a la verdadera intimidad de Proust? Estas páginas son de 1928.

Estas otras de que vamos a hablar son de 1912. No hacía mucho que había publicado su primer libro. (*Las Tres Electras*). Es en los tiempos del Ateneo de la Juventud de México. Pedro Henríquez Ureña, amigo entrañable de Reyes, ha comenzado su gran tarea de humanista moderno. Alfonso Reyes escribe entonces esas páginas sobre Robert Louis Stevenson. (Por la misma época, aquí, en La Habana comenzaba Francisco José Castellanos su tarea de traducir y comentar los ensayos y las poesías de Stevenson; al mismo tiempo realizaba también su silencioso aprendizaje de escritor, que le llevará a una posición solitaria en las letras cubanas de aquellos años. En 1917 (o 1918), no tengo ahora manera de precisar el dato, se publicó en México una selección de los ensayos de Stevenson en una traducción del escritor cubano. Alfonso Reyes creo que ha escrito algo sobre el autor de *Ensayos y Diálogos*. Cuando me llegó la imprevista noticia de su temprana muerte, ocurrida el 10 de octubre de 1920, Reyes me acompañó unas horas para recordar al fraternal amigo, uno de los hombres más buenos y generosos que he conocido en la vida, uno de los escritores de más interés artístico y de más personalidad en las letras contemporáneas de Cuba.

Unas líneas finales de su ensayo sobre Stevenson nos dan un retrato cabal del narrador, poeta y ensayista.

"Parecía (Stevenson) gracias a su sutileza de duende, más bien que una criatura humana uno de aquellos espíritus de aire y de fuego de los árabes. Era como ha de ser el típico narrador de historias: fantástico, audaz y amigo de viajes y aventuras. Los dulces samoanos lo veneraron casi bajo el nombre de Tusitala, que quiere decir, en su dialecto, *El narrador de historias*".

Así son los retratos literarios del nuevo libro de Alfonso Reyes: dos, tres alusiones nos revelan una vida, una obra entera. Pero

nos aguarda Goethe y su visión de América. Ya no podemos comentar estas páginas dedicadas al patriarca de Weimar. Lo haremos en un próximo artículo.

José María CHACÓN Y CALVO

Diario de La Marina.

La Habana, 4 de Abril de 1948.

GRATA COMPAÑÍA

"Tezontle". México.

Alfonso Reyes.

II

El ensayo acerca de *Goethe y América* ofrece en sus breves páginas renovadas sorpresas. Reconoce Alfonso Reyes que sus contribuciones "son escasísimas, pero son de primera mano". En su juventud menciona Goethe una sola vez a América, en su drama *Stella*; pero es un mero nombre, como pudiera haber escrito Turquía o Arabia.

En la etapa de Weimar, el Goethe sedentario, sin salir de su biblioteca se asoma a los más varios horizontes. Viajó entonces mucho más que en su época agitada y wertheriana de la juventud. Las publicaciones de toda Europa llegan a su mesa de trabajo. ¿Cuál es entonces la primera contribución americanista del gran hombre? Cree Alfonso Reyes que es la traducción de las dos canciones de caníbales brasileños que recoge Montaigne en sus *Ensayos* (I XXI). Goethe la publica en el *Diario de Tiefsurt*, (número 38 de 1783). Más tarde comienzan a llegar a Weimar viajeros de muy diversas latitudes de América. Da Alfonso Reyes curiosas noticias del naturalista y bibliógrafo John Green Bogswell, amigo de Baueroft y Tieknor, con quien departe el autor del *Fausto* tan reiteradamente sobre América que llega a decir que si tuviera veinte años menos "se iría a la vela con rumbo a la América del Norte".

En las famosas conversaciones con Eckermann llega a pensar que "allá también hay demasiada claridad", aludiendo sin duda a una *culturización* de los países del Nuevo Mundo impuesta "por el progreso de las luces".

Rastrea Alfonso Reyes la huella de América en las conversaciones con Eckermann. Es memorable el pasaje, correspondiente al 21 de febrero de 1827, en el que el majestuoso anciano cuenta a su infatigable confidente que estaría "dispuesto a soportar medio siglo más de existencia" si viera realizados estos tres sueños; un canal del Danubio al Rhin, un canal de Suez y un canal de *Panamá*". Añade después: "Y mucho me asombraría que los Estados Unidos dejaran escapar la ocasión de apropiarse semejante empresa". Todo un vaticinio hay en las anteriores palabras como en éstas que corresponden a sus *Kenias Manzas*:

"Tú América, lo pasas mejor
que nuestro viejo continente:
ni tienes castillos en ruinas
ni tienes basaltos,
ni te turban en lo interior,
al tiempo que vives,
las inútiles remembranzas,
las contiendas vanas.
¡Goza tu hora con fortuna!
Y si dan en poetizar tus hijos,
líbrelos el hado propicio
de fábulas de hidalgos,
bandidos y fantasmas".

Comenta Reyes que el anterior pasaje tiene mucho de *programa vanguardista*, y que un crítico lo consideró como una anticipación del espíritu de Walt Whitman.

Mas la verdadera influencia americana sobre Goethe va unida al gran nombre de Alejandro de Humboldt, de quien Menéndez y Pelayo en su *Historia de las Ideas Estéticas en España*, tomo VII, página 198, dice "que llevó de frente todas las ciencias nacionales, y supo, exponiendo sus resultados, dejar, a la vez que un gran nombre científico, un nombre literario casi único...".

Recuerda Reyes que Arturo Farinelli, el gran hispanista italiano, dice en su estudio sobre *Guillermo de Humboldt y España* que Goethe había viajado por España en la persona del hermano

mayor de los Humboldt. Cree ahora el autor que puede decirse lo mismo del patriarca de Weimar, en relación con América: Viajó por el Nuevo Continente en la persona de Alejandro de Humboldt.

Había fijado Goethe en el muro de su cuarto un mapa de España; así seguía el viaje de Guillermo de Humboldt. También había trazado por su misma mano un diseño de las montañas de América y Europa para poder seguir el viaje por las regiones equinocciales de Alejandro, el hermano menor.

El gran viajero recorrió durante cinco años "nueve mil leguas de tierra americana, en total seis naciones: Colombia, Venezuela, Cuba, Ecuador, Perú y México". Era Alejandro, como Guillermo, de estirpe goethiana. Casi todo le une con Goethe; casi nada le separa. La evocación del Goethe americanista va unida en las sugerentes páginas de Reyes al Wilhelm Meister: "La barca se desliza río abajo. Una leve brisa seca en las mejillas de Félix, las lágrimas jubilosas con que fue devuelto a la vida. De pie en la proa, Wilhelm Meister—Goethe— cruza los brazos, y lleno de confianza en América, contempla el horizonte".

La evocación del Goethe preocupado en América tiene en el fino comentario de Reyes un nítido ambiente de poesía. Pero, ¿no lo tiene también todo el libro "de pretextos, sugerencias y notas" que acaba de publicar el insigne maestro con el título de *Grata Compañía*?

Aún nos queda el comentario de las páginas contemporáneas del libro delicioso de Alfonso Reyes. Lo haremos en un último artículo.

José María CHACÓN Y CALVO.

Diario de la Marina.

La Habana. 11 de Abril de 1948.

GRATA COMPAÑÍA

"Tezontle". México.

Alfonso Reyes.

III

Las últimas páginas de *Grata compañía* están dedicadas a escritores a los que Alfonso Reyes conoció en la intimidad: Don Miguel de Unamuno, Don Antonio Caso y Don Pedro Henríquez Ureña. Los breves recuerdos del universal y españolísimo D. Miguel van ilustrados con unos dibujos, casi todos inéditos, del gran escritor. Son los siguientes, conforme al orden en que aparecen en el libro: un retrato, un poco espectral de Amado Nervo, (se publicó hace muchos años en *Revista Moderna*, de México), un autorretrato, posiblemente de su primera época rectoral de la Universidad de Salamanca, un dibujo del pequeño Ramón de Unamuno, otro del mismo en distinta posición (en una esquina se lee con claridad: *Mi hijo Ramón*, aunque las letras finales aparecen cortadas); el retrato de una sobrinita; una niña muy satisfecha ante su desayuno; el Sr. Richet, una actriz, que no nos dice Alfonso Reyes quién pueda ser. Remata la curiosísima serie, un paisaje, no muy preciso en verdad, un potro de martirio, con algo de capricho goyesco y con esta leyenda: ¡A cuántos habría que someterles al potro!, y un proyecto de monograma para Reyes, al pie de una carta dirigida a nuestro escritor, dándole las gracias por el envío del libro *El plano oblicuo*. La carta está fechada en Salamanca, en 21 de octubre de 1920. La última línea de la epístola, anterior a la despedida dice nítidamente: *He perpetrado otra novela*.

Hay dos impresiones de Reyes sobre el gran vasco: una recuerda los días de París, cuando el escritor estaba desterrado por el

gobierno de Primo de Rivera; otra, es muy anterior y habla de Unamuno en Salamanca.

En París vió Reyes a Unamuno por última vez. "Estaba desterrado, pero, claro está, seguía viviendo con la imaginación puesta en Salamanca". Reyes lo ve en la magnífica Avenida del Observatorio. "Cerraba Don Miguel los ojos y exclamaba con un ademán de impaciencia: *Gredos, Gredos*. Andaba perdido en su sueño".

Cuenta el delicioso evocador que todo podría esperarlo Unamuno menos los múltiples imitadores que iba a tener en atuendo físico. "Lo que menos se imaginaba es que su figura de buho, con aquellas gafas, aquel sombrero en punta, aquella barba en collar, aquel traje negro, aquel cuello de pastor protestante, aquella chaqueta sin solapas, que no daba sitio a la corbata... estaban creando una moda allá por los barrios de los artistas"... Por todos lados nos salían Unamunos que más propiamente llamábamos *Unamúnculos*. "Pero claro está que la imitación era de las exterioridades ya que los adentros no era fácil, porque un volcán no se remeda".

En 7 de julio de 1920, Unamuno le escribe a Reyes, con motivo de haberle enviado un ejemplar de *Juana de Asbaje* (Sor Juana Inés de la Cruz), el libro de Amado Nervo. Le confiesa que "conocía casi" a la poetisa mexicana. Ha sido un gran descubrimiento. Le propone glosar aquello de

Cree Unamuno que debió decir:
Si es para vivir tan poco
¿de qué sirve saber tanto?
Si es para saber tan poco
¿de qué sirve vivir tanto?

El otro Don Miguel que recuerda Reyes es el de Salamanca. Casi en el mismo año de que nos habla *Grata compañía*, visitaba por primera vez al vasco que llegó a lo más entrañable de la vida salmantina, y bien pudiéramos decir de la vida de su España.

La víspera de mi visita se había inaugurado un nuevo curso en la Universidad. No mucho tiempo antes un Ministro de Instrucción Pública, Don Francisco Bergamín, había destituido a Don Miguel del Rectorado. Desde entonces el escritor no asistía a esos actos solemnes, con maceros decorativos y con largos discursos. Don Miguel estaba ante su mesa de trabajo que parecía una selva de libros. Le llevaba cartas de algunos amigos, entre otras, una del erudito Don Miguel Artigas. Advertí en seguida una actitud defensiva en el maestro. Procuré entonces convencerle de que no tenía mi visita ningún propósito literario sino de pura devoción personal. Me guardé, así, mucho de tomar una sola nota. Y entonces Unamuno habló y le oí algunas cosas que nunca he visto escritas y que me dejaron una impresión indeleble. Una de ellas fué el sello de profunda tristeza que encontró en José Enrique Rodó, cuando pasó por España para ir a morir en Italia, en la dorada isla de Sicilia, en Palermo. Rodó le pareció a Unamuno el hombre más triste que había visto en este mundo, y no podía comprender cómo el autor de *Ariel* pensaba en que un viaje por Italia y por España iba a devolverle la resplandeciente luz que antes bañaba su espíritu.

De tal modo Don Miguel cambió cuando comprendió la ninguna finalidad periodística de mi visita, que me invitó a que le acompañase en un paseo junto al Tormes. Recuerdo que venía también un poeta ciego a quien Don Miguel servía de lazarillo, grande amigo suyo. Era el Sr. Pinilla. En aquella jornada, por las riberas del Tormes, Unamuno me dijo muchos pasajes de los *Versos libres*, de Martí. Las delicadas páginas de Reyes han revivido en mí estos recuerdos.

De Don Antonio Caso, maestro de la filosofía y maravilloso artífice de la palabra, hay dos visiones diversas en este libro: una es la del artículo necrológico en *Cuadernos Americanos*, en que muy breves palabras nos dan el perfecto retrato: "lo entendía todo desde las arquitecturas aéreas de la música de Beethoven hasta las eviden-

cias ciclópeas del pincel de Diego Rivera"; otra, la de la evocación del Colegio Nacional.

Caso era un espléndido orador y un filósofo a un tiempo. Habla Reyes en su discurso del Colegio Nacional de aquel momento en que Caso comenzaba su magisterio: "Y de entonces más, aquel predilecto de la elocuencia, que acertó a uncir a las Gracias en el carro de la verdad, circula y va y viene; teje y desteje, ata y desata, porque tenía la ambición de todo saber, mas no la avaricia de ninguno".

Piensa Reyes en las posibles ofuscaciones de la posteridad, cuando asome la inestable duda analítica (¡hombres somos, no dioses!) y expone su testimonio sin reservas:

"Nos cabe a sus contemporáneos, nos cabe singularmente a quienes fuimos sus hermanos menores y lo envolvíamos en aquella ternura que acompaña a las embriagueces de la adolescencia, una alegría que sólo cede ante el dolor de perderlo; y es el haber podido venerar, en Antonio Caso, una de las síntesis humanas más excelsas y más legítimas".

La *Evocación de Pedro Henríquez Ureña*, con que se cierra *Grata compañía*, tiene un puro calor de amistad, que duró toda la vida. Después de la información precisa acerca de la obra y la vida del humanista, del filólogo artista de Santo Domingo, vienen los detalles íntimos, minúsculos, con un aire de cotidianidad que son como la luz interior del asombroso retrato. —"No se ha dado educador más legítimo", nos dice. "De él —agrega— recogí esta máxima: no basta vivir para la educación, hay que sufrir para la educación". Y le vemos fervoroso, alejado al parecer, de la vida, cuando estaba en su más puro contacto con ella, "llamar en altas horas de la noche a la puerta de algún amigo —sin miedo a perturbar su sueño— para comunicarle al instante el hallazgo que acababa de hacer en las páginas de un trágico griego, de un "lakista" inglés, de un renacentista español".

Así es el libro último de Alfonso Reyes (¡ay! ya no es exacta la expresión, pues me han llegado dos nuevas obras del reymontano ciudadano del mundo): los detalles minúsculos, observados con íntimo fervor, iluminan a una figura, a la que dan aire de perennidad.

Así vemos este libro de notas, de pretextos, de apuntes, de avisos, Una luz de eternidad verdadera sentimos en sus tersas, resplandecientes páginas.

José María CHACÓN Y CALVO

Diario de la Marina, La Habana.

Domingo, 18 de Abril de 1948.